

La Luz en *Como la vida* de Fabián Guerrero

137



“Ana, Fabián quiere que comentes su último libro, está hermoso, son haikus llenos de luz”, me dijo Xavier Oquendo por teléfono. Me quedé en silencio porque la pala-

bra luz y Fabián en el fondo de mi cerebro no se asociaban. Iba a decir a Xavier ¿iDe qué luz me hablas!? Pero no dije nada referente al libro y me dije, primero hay que

leer, solo espero que a estas alturas las palabras de Fabián no se hayan convertido en un manual para vivir con paciencia y armonía hasta que nos llegue la muerte. Ojalá las certezas que tanto repudiaba en clases, no hayan rondado su mente.

¿Las clases? Sí, me acerqué como alumna al libro y también como lectora que ya conocía algunos de sus versos anteriores. Fui al libro como si fuera una gran casa con varias puertas cerradas. El objetivo planteado era encontrar aquella luz mientras las abría. Fui a las primeras páginas: “El resplandor de un relámpago/ Acaso menos/ Ha sido la vida”. Primeros versos: fuerza, intensidad, tan corta la vida pero punzante. Segunda puerta: Nos seguimos preguntando por las cosas/ Por las que hechan raíces/ en las ramas rotas/. Ese golpe ya dolió. Seguí caminando por la casa, es decir por este libro, y los pequeños poemas se mostraban como cuadros en el pasillo, en ellos había naturaleza, pero estaba fisurada o intentaba crecer en las orillas del asfalto. De pronto, por una puerta ya sacó la cabeza el gran mons-

truo, ese Dios inflexible para el que no hay antídoto: EL TIEMPO. Fabián lo tiene muy claro en sus versos y pone a su memoria a encararlo en un juego que sabe que a la larga, todos perdemos.

Abri la puerta 43 y en ella decía: Se oyen voces/ Que maldicen, blasfeman/ Pero hay un hombre que llora en el mismo lugar. En esta puerta me quedé en silencio, identificándome como lector, como otro ser que también llora y escucha llorar a ese hombre en el mismo lugar. Lo entendí, la casa estaba a oscuras, la luz se escondía en los adentros por donde viaja la poesía para que sea verdadera, es decir, sincera. A partir de este poema, me pareció escuchar a Fabián con su voz susurrando al oído un avanza si tienes valor, abre las otras puertas, ya sabes que las verdades duelen, avanza si puedes, después de lo que he dicho. Tomé aire entendiendo... que el libro tenía conocimiento y allí estaba la luz, la voz era de un humano que ha vivido y que sus versos son Como la vida... dolorosos, pero no piden auxilio, son arriesgados desde el abismo hacia afuera. Había que bajar a las pro-

fundidades porque allí estaba estremecedoramente el corazón, esa rata que palpita en el pecho...

Estos haikus nos permiten pensar e imaginar detrás de sus líneas aunque no registran la técnica clásica, el poeta logra trasladarnos al desarrollo de otras historias, como en el poema 47: La misma cabeza/ El mismo sombrero/ Que es su consuelo. En esta puerta pensé en todos los que utilizan algo para cubrir su cabeza, como si al hacerlo olvidaran la tormenta que guarda. Hay personas que antes de salir a la calle utilizan como amuleto un sombrero, parece, que para protegerse de más recuerdos, incluso para cuidarse del peligro que suele ser la humanidad. Fabián aquí también se vuelve en observador y lo confirma al decir: Andar por la calle/ Y sentir de repente/ Que el viento tropieza con alguien dentro. A todos nos pasa que de repente nos golpea un recuerdo que supuestamente ya estaba enterrado. Recapitulando sus clases, él nos repetía que el olvido no existe. Hasta este día puedo dar fe de su aseveración. El olvido no existe, quizá una experiencia esté por encima de otra, pero el olvido no

existe, siempre podemos clasificarlas como bichos en algún rincón de la memoria.

Y qué decir del amor, Fabián continúa con su lucidez sobre este tema. Puerta 65: "Dentro del corazón hay otro corazón/ Ese consuelo por el consuelo del otro/ que no alcanza" Al leer estas líneas recordé a Herman Hesse cuando señala: "En soledad piedras y sotos/ No ve el árbol los otros árboles/ Cada uno está solo... ¡Qué extraño es vagar en la niebla! Ningún hombre conoce al otro. Vida y soledad se confunden/ Cada uno está solo". Y Fabián también se une a Duras, cuando ella dice a su amor: "los dos somos inocentes, pero cada uno está solo".

El amor que dice salvarlo todo, pero como la vida, casi siempre, no alcanza... porque cito otro de sus versos: "El vuelo de un pájaro, el humo de la chimenea/ Para que todo acabe en silencio..." Fabián sentencia, mejor dicho, nos comunica la sentencia de la vida.

En esta casa es agradable ver el lugar que le da a la luna, pues siempre se habla del sol y de su in-

tenza luz, algunos se creen científicos dentro de la literatura dándole cualidades, mientras que Fabián reconoce que el único elemento que se desvela en el cielo como los desesperados en la tierra, es la luna y que a los de la mala suerte que siempre nos toca por azar, están prometidas las estrellas con sus puntas invertidas. Y que el pedazo de cielo que nos queda siempre será el mismo que nos atormenta en cualquier lugar porque la tristeza es una maleta... que se lleva por dentro.

Hay Fabián en este libro, botándonos al piso todas las falsedades que nos creamos para sobrevivir. Nos invita a mirar el abismo, a entender que nosotros somos el propio abismo, él se ha mirado.

Recuerdo que en clase, cada vez que terminaba de leernos algún texto literario atroz, al borde de las lágrimas, siempre insistía en que uno de sus objetivos es decir mucho con pocas palabras, que esa es su aspiración... Hoy, la vida me ha elegido para comentar su libro que hace tiempo fue una promesa a sus estudiantes y así mismo, de oyente, hoy, paso a asimilar sus versos que en ellos reconozco su honor al haber cumplido.

Al terminar de revisar toda esta casa, de abrir cada puerta, sonrei y me dije, esto fue una trampa, el maestro mostró la luz al alumno a través de la oscuridad...

Ana Minga